

MENORCA ESPAÑOLA

Rectificación a « La Prensa » de Nueva York

Bajo los títulos « Recuerdos históricos » y « Menorca bajo la dominación británica, su influencia en la isla » y acompañado de la reproducción de dos litografías de la época inglesa, en las que se ridiculizan las costumbres y autoridades británicas, el diario español « La Prensa », de Nueva York, publica el escrito que vamos a copiar.

Las dos litografías son tomadas del semanario ilustrado « La Esfera », que las publicó con otras varias hace algunas semanas ; y el escrito del diario neoyorkino es como sigue :

« Sabido es que, en la paz de Utrech, se adjudicó la dominación de Menorca a Inglaterra, a quien se la disputó Francia, ganándosela el almirante Galissonière, y devolviéndosela a Inglaterra por la paz de 1763, quien la perdió de nuevo en 1781—ordenando entonces Carlos III la demolición del castillo de San Felipe—y volviéndola a ocupar en 1798, hasta la paz de Amiens, por la que, al cabo, fué incorporada a la corona de España.

» Disputada con ahinco la bella isla baleárica, maravillosa y extraña, donde las piedras druídicas afirman su más pura ancestralía, conserva aún, con sus tonos violentos, disueltos en vivos reflejos, con sus leyendas y supersticiones, con sus varios tipos raciales, como esas mozas muy cortejadas y requeridas, una orgullosa altivez y una nostalgia infinita por todos los varios recuerdos, entremezclados y vivos...

» Apenas si llegó a la centuria la dominación por los británicos de la codiciada isla Y, sin embargo, ¡cuán fuerte influjo dejó y qué de rasgos perdurables la imprimieron carácter! Y es lo de menos los interesantes documentos iconográficos que han resistido a los tiempos : los tipos mahoneses de la época, pintados por el italiano Chiesa, que tanta fama lo-

graron en Inglaterra, entonces, y que ahora se solicitan con gran interés, más que estético, histórico, por ser el pintor colonial de entonces; el interesante cuadro de la familia de Motta, por ejemplo, de gran valor documental, donde se advierten influencias inglesas en las mujeres, que con el típico traje de las isleñas conservaban todavía el clásico «rebocillo», especie de toca de puntillas de Inglaterra que llevaban hasta para andar por casa, y otros de suma importancia, como el célebre mapa de Armstrong, trazado posiblemente en la época del gobernador Kane, y otros muchos documentos, así llegados a nuestros días. Lo más importante es la sumisión, la absorción de la isla, al carácter de los dominadores, no diluido ni perdido aún, pese al tiempo transcurrido, ya que, a las veces, aparece firme, si no en la generalidad, al menos en alguna frecuente individualidad en forma franca y ostensible.

» No fué, claro está, la dominación británica por todos comprendida y estimada en la isla. Algunas litografías coloreadas de la época, glosando satíricamente las costumbres de los ingleses, en Menorca, son definitivamente elocuentes y terminantes.

» Todo este estado político y espiritual de la Menorca pasada, fué comprendido de modo maestro y expuesto en forma insuperable por Mario Verdaguer en su novela «Piedras y Viento». En ella, como dijo con acierto Gómez de Banquero, «hay como dos novelas paralelas. A un lector que no se fija más que en lo externo de la composición, no podría parecerle que en el libro se habían encuadernado capítulos alternados de dos diferentes novelas. Una es la del viajero moderno que llega a la isla «minor» y poco a poco se va dejando ganar por el secreto hechizo del lugar; otra, la del Raleigh de la época de la dominación inglesa del siglo XVIII, que cayó bajo la propia seducción. Las dos Aguedetas de Addaya, la de la época inglesa, y su biznieta de nuestros días, idéntica al retrato de su antepasada que ve el viajero moderno, son la personificación del encanto de la isla, de la princesa que a mó

al extranjero y que duerme con el *genius loci* en una sima. Es la Calipso de esta isla. »

» Todo el siglo XVIII vemos a franceses e ingleses disputarse el dominio de la isla ; entonces como ahora las islas Baleares para el Estado que las posea y las aproveche serán la llave del Mediterráneo y darán el dominio en dicho mar.

» Gran parte del poderío actual de la Gran Bretaña, deriva de su dominio de Menorca. »

* * *

Nuestro querido amigo e ilustre paisano don Antonio Talavull, residente desde hace cincuenta años en la gran República Norteamericana, se sintió herido en sus sentimientos patrióticos, como buen español y como buen menorquín, por algunos conceptos del artículo reproducido y dirigió al diario español de Nueva York la siguiente rectificación :

« Señor director de « La Prensa » :

» Leyendo la breve relación histórica sobre la isla de Menorca publicada en el número 3325 de « La Prensa », y que supongo sea alguna transcripción de algún texto antiguo, he notado una afirmación que carece de fundamento, y que seguramente habrán de resentir los menorquines. Dice así :

» Lo más importante es la sumisión, la absorción de la isla, el carácter de los dominadores, no diluido ni perdido aún, pese al tiempo transcurrido, ya que, a las veces, aparece firme, si no en la generalidad, en alguna frecuente individualidad en forma franca y ostensible. »

» La dominación inglesa es para los menorquines nada más que un recuerdo histórico, que nada influye en su carácter ni en sus sentimientos. Son los menorquines leales españoles, y en la pasada guerra de Africa enviaron su juventud a aquellos campos enemigos para batirse y morir en defensa de España. El sacrificio de sus vidas se ha conmemorado recientemente en un monumento erigido en la cúspide del Monte-Toro, en la isla de Menorca.

» El eminente escritor inglés, Frederick Chamberlin, en su notable obra, de publicación reciente, « The Balearics and Their Peoples », haciendo comentarios de los menorquines, no hace mención de ese supuesto « carácter inglés no diluido aún ni perdido ». Tampoco lo ha advertido el erudito menorquín Francisco Hernández Sanz, en su Historia de Menorca ; y, refiriéndose el autor de esta comunicación a cincuenta años atrás, puede asegurar que no existía entonces ningún sentimiento anglomano entre los menorquines. Sirvan estas líneas de rectificación a un error y luzca la verdad. — Firmado, Antonio Taltavull.

» Brooklyn 14 de Septiembre. »

Experimentamos una grata satisfacción al reproducir la patriótica protesta de nuestro antiguo y muy estimado amigo don Antonio Taltavull, a quien todavía recuerda con especial cariño el partido republicano menorquín, al que representó en la Diputación Provincial y ostentando otros cargos de confianza en el tiempo corto, pero memorable, de la República Española.

Tiene mucha razón el señor Taltavull.

Menorca es y ha sido siempre española.

Las dominaciones extranjeras del siglo XVIII no lograron desarraigarla, ni enturbiar sus puros sentimientos patrióticos.

La influencia inglesa limitóse a promover la prosperidad económica de la isla, por medio de las obras públicas, de la navegación, de la perfección de los oficios y del aumento general de la cultura y de la riqueza.

Pero el alma menorquina conservó su virginidad ante las solicitudes extranjeras.

Los ingleses y los franceses dominaron militarmente, pero no llegaron a imponer su lenguaje, ni sus costumbres, ni su espíritu.

Menorca permaneció siendo española, hablando una len-

gua española, la catalana, que le es propia, y pensando y sintiendo en español, entonces como ahora.

Y como deseamos y esperamos que será siempre, pase lo que pase, en lo venidero.

(De « La Voz de Menorca » correspondiente al día 8 de octubre último).

Menorca, illa exquisida

Aquest bocí de terra, que si l'haguéssim de definir amb un epígraf, l'anomenariem com alguns personatges històrics, « la dels tristos destins », ofereix ádhuc a l'ull menys observador que hi passa, un doble fons, de contrast altament heròic com una taumatúrgia ben guanyada.

Si Mallorca i Menorca, poguéssim enganxarles dins l'encuny d'una medalla, naturalment, la primera seria la « cara » i aquesta fóra la « creu ». Volem significar, que són dos pols oposats en absolut i que en res no s'assemblen ni de lluny. Més que germanes d'una mateixa mar, dirieu tot seguit, que són germanastres i que viuen « d'esquena » l'una amb l'altra. Només les lliga l'absurda documentació geogràfica — a tall de cèdules i empadronaments oficials —: « illes Balears ».

Mallorca, és clar, és la pubilla de la casa. Com tots els hereus i les pubilles, si és ben plantada i rica amb privilegis materials, té, per contra, una tendència a la fatxenderia abassegadora que li catela, més de quatre vegades, les visions més fines de l'esperit. En certa manera podriem dir, que, els fums de la seva vanitat triomfal, li puguen massa sovint al cap. (Es un país de facilitats excessives que esmussen tot sentit valoritzador; terra massa « paradisiaca », — recordeu aquella seva calma encomadissa tan magistralment dibuixada per Rusinyol — fins els seus fills més preclars, per aconseguir una superioritat intrínseca y disciplinada, els ha calgut reaccionar tothora contra la droga d'un benestar enfarfegat i atroflador).